

Thomas Hardy

# Tess, la de los d'Urberville

(Una mujer pura)

Traducción de M. Ortega y Gasset

Revisión de Carmen Criado



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

## Título original: *Tess of the d'Urbervilles*

Primera edición: 1979

Cuarta edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: John Everett Millais: *Tarjetas de boda: Plantada*. Colección particular.

© Private Collection / Bridgeman Images / ACI

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid;

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-041-3

Depósito legal: M. 19.270-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Primera fase: La virgen
- 125 Segunda fase: La que fue virgen
- 169 Tercera fase: La rehabilitación
- 253 Cuarta fase: La consecuencia
- 369 Quinta fase: La mujer paga
- 487 Sexta fase: El penitente
- 585 Séptima fase: El desenlace



Primera fase

La virgen



# Capítulo 1

Cierta tarde de fines de mayo, un hombre de edad mediada que venía de Shaston, caminaba con rumbo a su casa situada en el pueblo de Marlott, en el vecino valle de Blakemore o Blackmoor. Tenía el hombre unas piernas bastante flacas y con propensión a torcerse, al echar el paso, un poco hacia la izquierda. De cuando en cuando ladeaba ligeramente la cabeza, como si se afirmara en alguna opinión, aunque no iba pensando en nada. Colgaba de su brazo una cesta vacía, de las que se emplean para llevar huevos, y cubríase la cabeza con un sombrero de pelo, alborotado y raído por la parte del ala, que al quitárselo rozaba con el pulgar. A mitad de su trayecto hubo de encontrarse con un cura viejo que iba caballero con una yegua gris, tarareando una de esas tonadillas que sirven para aliviar el tedio del camino.

—Buenas noches tenga usted —díjole al párroco el hombre de la cesta.

–Buenas se las dé Dios, *sir* John –repondióle el cura.

El viandante siguió su camino, pero luego que hubo andado unos pasos, se volvió y dijo:

–Oiga usted, señor, y usted dispense, pero el último día de mercado nos encontramos también en este mismo sitio y a esta misma hora, y recuerdo que yo le dije a usted: «Buenas noches», y que usted me contestó: «Dios se las dé a usted muy buenas, *sir* John», lo mismito que ahora.

–Es verdad –repuso el párroco.

–Y lo mismo nos pasó la otra vez anterior... hará cosa de un mes.

–Sí; puede que tenga usted razón.

–Bueno, y ¿quiere usted decirme a qué viene eso de llamarme a mí siempre *sir* John, cuando yo no soy más que John Durbeyfield «el marchante» y gracias?

El cura espoleó su montura hasta acercarla unos pasos al campesino.

–¡Cosas que se le ocurren a uno! –exclamó, y tras vacilar unos instantes, añadió, cambiando de tono–: Aunque te voy a decir la verdad, hombre. El haberte llamado de ese modo obedece a un descubrimiento que hice recientemente mientras andaba a la caza de linajes para la historia del condado. Yo soy el padre Tringham, el anticuario del callejón de Stagfoot. Bueno, pues ¿no sabe usted, señor Durbeyfield, que es usted el representante directo de la antigua y caballeresca familia de los d’Urberville, que descienden del señor Pagan d’Urberville, el famoso caballero que vino de Normandía con Guillermo el Conquistador, según consta en el Rollo de la Abadía de Battle?

–¡Pues es la primera vez que lo oigo, *sir*!



—Tenlo por seguro, hombre. Y si no, a ver: levanta un poco la barbilla para que pueda yo apreciar mejor el perfil de tu cara. Sí; la misma nariz y la misma barbeta... un poco caídas, de los d'Urberville. Tu ascendiente más remoto fue uno de los doce caballeros que acompañaron a Lord de Estremavilla de Normandía en la conquista de Glamorganshire. Ramas de su familia poseyeron feudos en esta parte de Inglaterra; sus nombres figuran en los padrones del tiempo del rey Esteban. En la época del rey Juan vivió uno de ellos, hombre riquísimo, que cedió unas tierras a los Caballeros Hospitalarios. Y en tiempos de Eduardo II, uno de tus antepasados, de nombre Brian, fue llamado a Westminster para formar parte del Gran Consejo. En los días de Oliverio Cromwell vinisteis algo a menos, pero no gran cosa, pues en el reinado de Carlos II fuisteis agraciados con el título de Caballeros de la Regia Encina por vuestra lealtad. Ya lo ves, en tu familia ha habido muchas generaciones de *sir Johns*; y de ser hereditaria la Caballería como lo es el título de *baronet*, según ocurría de hecho antiguamente, que se transmitía de padres a hijos, tú serías ahora *sir John*.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! ¡Nada! —concluyó el cura dándose un fustazo en la pierna con ademán de convencido—. Que apenas habrá en toda Inglaterra otra familia de tan noble y rancio abolengo como la tuya...

—Pero ¿qué me dice usted? ¿Estoy despierto o soñando? —exclamó Durbeyfield—. ¡Y yo que llevo tantos años dando tumbos por los caminos de acá para allá como si fuera el más pobretón de la parroquia!... Y diga usted, señor pastor, ¿hace mucho que puso usted en claro todo eso?

El pastor explicole que, según sus noticias, el linaje de los Durbeyfield había ido insensiblemente cayendo en olvido, sin que apenas se tuviese ya de él noticia. Él había dado comienzo a sus investigaciones el año anterior, allá por la primavera, en que, con motivo de hallarse investigando la historia de la familia de los d'Urberville, hubo de tropezarse con el nombre de Durbeyfield en su carricoche, y picada su curiosidad, púsose a hacer averiguaciones acerca del abuelo y el padre de John, hasta no quedarle por fin duda alguna sobre este punto.

—A lo primero pensé no molestarte con estos datos tan inútiles —dijo—, sólo que a veces los impulsos son más poderosos que nuestras determinaciones. Y hube de decirme que acaso tú supieras algo sobre el particular y quisieras decírmelo.

—¡Hombre! Sí, es verdad que yo he oído decir más de una vez que mi familia había estado en mejor posición antes de venir a afincarse en Blackmoor. Sólo que nunca hice de ello mucha cuenta, pensando que todo se reduciría a que antes habíamos tenido dos caballos, en vez de uno que tenemos ahora. Cierto que todavía anda por casa un cucharón de plata viejo y un sello antiguo, grabado; pero de eso a pensar que entre esos nobles d'Urberville y yo mediara el menor parentesco... Aunque también oí decir alguna vez que mi bisabuelo tenía sus secretillos y que nunca contaba nada tocante al origen de nuestra familia. Y dígame usted, señor pastor, ¿se puede saber dónde tosemos ahora fuerte? ¿Dónde vivimos los d'Urberville?

—No vivís en ninguna parte, hijo. Os habéis extinguido..., es decir, como familia del condado.

–¡Cómo! ¿Qué me cuenta usted? ¡Qué lástima!

–Pues así es... Es decir, os habéis extinguido en la línea masculina, que a eso es a lo que llaman extinguirse las falaces crónicas... Descender, venir a menos...

–¿Y dónde yacen nuestros muertos?

–En Kingsbere-sub-Greenhill descansan hileras y más hileras de ascendientes tuyos, en sendos nichos, bajo do-seles de mármol de Purbeck.

–Pero ¿dónde están los palacios y tierras de nuestra familia?

–No os queda ya ninguno.

–¡Cómo! ¿Ni palacios ni tierras?

–Nada, hijo mío; y eso que antaño los tuvisteis a porri- llo. Porque tu familia tenía numerosas ramas. Sin salir de este condado poseíais una casa en Kingsbere, otra en Sherton, otra en Millpond, otra en Lullstead y, por si era poco, otra en Wellbridge.

–¿Y no podríamos volver a entrar en posesión de lo nuestro?

–¡Oh!... ¡Vaya usted a saber!

–Pero ¿usted qué me aconseja que haga, visto todo eso? –preguntó Durbeyfield después de una pausa.

–¡Yo! Nada, como no sea que te mires en el espejo de la ruina de los grandes. Todo lo que te he contado no pasa de ser un episodio de cierto interés para el historia- dor local. Entre los aldeanos de esta comarca hay varias familias del mismo abolengo. ¡Conque buenas tardes, hijo!

–¡Espere usted, señor pastor! Tenga la bondad de ve- nir a tomarse un vasito de cerveza conmigo para celebrar este descubrimiento... ¡Si viera usted qué cerveza tan

buena tienen en La Gota Pura!... Aunque, claro, que no tan buena como la de Rolliver...

—Hombre, te lo agradezco, pero esta tarde no puede ser. Ya hemos hablado y tú ya has bebido bastante por hoy...

Y dando de esta suerte un corte a la conversación, prosiguió el cura su camino, no sin que le asaltaran ciertas dudas sobre si habría obrado cuerdamente al comunicar a Durbeyfield aquella curiosa parte de sus investigaciones científicas.

Luego que hubo perdido de vista al pastor, anduvo Durbeyfield unos cuantos pasos, profundamente abstraído, y al cabo dejose caer en la herbosa cuneta del camino sentándose al lado de su cesta. A los pocos minutos vio venir a lo lejos a un muchacho que llevaba su misma dirección. Al divisarle alzó la mano, y el mozo apretó el paso y se le acercó.

—Mira, muchacho, coge esta cesta, que vas a hacerme un recado.

El chico, fino como un huso, frunció el entrecejo.

—Oiga usted, John Durbeyfield, ¿se puede saber quién es usted para que me tome por demandadero suyo y me llame «muchacho»? ¿No sabe usted mi nombre? Seguro que lo sabe tan bien como el suyo.

—¡El mío! ¡Si tú supieras que ahí está el quid!... Pero no tengo que darte explicaciones. Anda y obedéceme... Aunque, después de todo, no tengo por qué ocultarte que el secreto se reduce a que yo vengo de raza noble... Acabo de enterarme ahora mismo...

Y en tanto formulaba la solemne declaración, Durbeyfield, abandonando la postura en que estaba, tendiose a lo largo de la cuneta, entre las margaritas.

El muchacho, de pie ante Durbeyfield, contemplábale de arriba abajo.

–*Sir* John d’Urberville... Ese soy yo –prosiguió el lugareño–. Es decir, ése sería yo, si los caballeros fuesen como los *baronets*... Llevo un apellido histórico... ¿No has oído hablar nunca, muchacho, de un sitio que llaman Kingsbere-sub-Greenhill?

–Sí; estuve allá cuando la feria de Greenhill.

–Bien; pues en la cripta de la iglesia de ese pueblo están...

–El lugar que yo digo no es ningún pueblo; por lo menos no lo era cuando yo fui, sino un descampado...

–Bueno; no repares en pelillos, muchacho, y atiende a lo que te digo. En la cripta de la iglesia de esa parroquia yacen mis antepasados a centenares... con sus cotas de malla y pedrería, metidos en grandes féretros de plomo, que pesan la mar de toneladas. No hay nadie en todo el condado de South-Wessex que tenga en su familia unos difuntos más nobles e ilustres que los míos...

–¿De veras?

–Como lo oyes, muchacho. Pero, anda, coge esta cesta y vete con ella a Marlott a la posada de La Gota Pura y di que me manden en seguidita un caballo y un coche para que me lleven a casa. Y que pongan en el coche un frasco de ron y me lo apunten en la cuenta. Luego llevas la cesta a mi casa y se la das a mi mujer y le dices que se deje de lavar ropa y que espere, que allá voy, que tengo que darle un noticia.

Como el muchacho permaneciese en actitud perpleja, llevo Durbeyfield la mano al bolsillo y sacando uno de los pocos chelines que poseía se lo dio diciéndole:

–Toma, para ti.

Esto hizo que el muchacho apreciara de modo muy distinto la situación.

–Bueno, *sir* John. Muchas gracias, *sir* John. ¿Quiere usted algo más, *sir* John?

–Sí, hombre; di en casa que quiero que me pongan para cenar... cordero frito, si lo encuentran; y si no, morcilla..., si tampoco dan con ella..., embuchado...

–Está muy bien, *sir* John.

Cogió el muchacho la cesta, y al emprender la caminata dejáronse oír las notas de una banda de música por la parte del pueblo.

–¡Qué es eso! –exclamó Durbeyfield–. ¿Será por mí?

–Son las chicas del club, *sir* John. Y entre ellas está su hija.

–¡Ah, sí, es verdad! Se me había olvidado pensando en cosas grandes. Bueno, pues arrea, y a Marlott; di que me manden en seguida el coche, que puede que me dé una vueltecita para revistar el club...

Partió el muchacho, y quedó Durbeyfield esperando el coche, tumbado sobre la hierba y entre las margaritas, al sol de la tarde. Transcurrió largo rato sin que pasara un alma, y las débiles notas de la banda eran los únicos ruidos humanos que se dejaban oír en el ámbito de las montañas azules.

## Capítulo 2

Álzase el pueblo de Marlott en medio de las ondulaciones del nordeste del hermoso valle de Blakemore o Blackmoor, según dijimos antes, región apartada y recogida, no hollada aún en su mayor parte por turistas ni pintores, a pesar de encontrarse a unas cuantas horas de Londres. Como mejor se ve el valle es contemplándolo desde lo alto de las montañas que lo circundan, salvo en la temporada seca del verano, pues una excursión sin guía por sus vericuetos y andurriales angostos, torcidos y cenagosos, puede resultar peligrosa cuando hace mal tiempo.

Esta feraz y escondida campiña, donde las tierras no toman nunca tonos pardos ni dejan de ser lluviosas las primaveras, ciérrala al sur el prominente acantilado calizo que comprende las alturas de Hambleton Hill, Bulbarrow, Nettlecombe-Tout, Dogbury, High Stoy y Bubb Down. El viajero procedente de la costa que, luego de caminar hacia el norte una veintena de millas, por hon-

donadas cretáceas y tierras de cereales, alcanza de pronto el filo de uno de aquellos escarpados, sorpréndese y deléitase al contemplar, tendida a sus pies cual un mapa, una comarca absolutamente distinta de las que acaba de cruzar. A sus espaldas se abren los montes, brilla el sol sobre los campos tan ilimitadamente que adquiere el panorama un carácter de infinitud; son blancos los caminos, bajos y encharcados los setos e incolora la atmósfera. Aquí, en cambio, en el valle, parece ajustado todo a una escala más pequeña y delicada; las heredades son meras parcelas, tan reducidas que, desde lo alto, los árboles de los linderos semejan una red de hilos verde oscuro, tendida sobre el verde más pálido de la hierba.

La atmósfera es aquí abajo lánguida y tan cargada de azul celeste que lo que llaman los pintores distancia media participa también de ese tono de color, mientras que el horizonte lejano se tiñe del más profundo color índigo. Las tierras de labranza son pocas y reducidas, y con ligeras excepciones, la perspectiva consiste en una amplia y rica masa de verdor y arbolado, tapizando colinas minúsculas y leves alturas en el ámbito de otras mayores.

El interés histórico del distrito no le va en zaga al topográfico. Fue conocido en tiempos remotos el valle con el nombre de bosque del Ciervo Blanco, por una curiosa leyenda del reinado de Enrique III, según la cual, cierto Thomas de Lynd había sido castigado con crecida multa por haber dado muerte a un hermoso ciervo blanco que el rey corriera y perdonara luego. Por aquel tiempo, y casi puede decirse que hasta no hace mucho, estaba la región muy poblada de árboles. Todavía hoy se hallan los vestigios de su primitiva condición en los añosos encina-



res y los irregulares setos de madera que aún subsisten en sus vertientes, y en los árboles de hueco tronco que dan sombra a sus prados.

Los bosques han desaparecido, mas todavía conservan sus habitantes algunas de sus antiguas costumbres, aunque muchas de ellas desfiguradas ya o transformadas. La danza de mayo, por ejemplo, afectaba aquella tarde la forma del club del jolgorio o el paseo, como le llamaban.

Era una fiesta interesante para la gente joven de Marlott, aunque los propios actores de la ceremonia no llegaban a percibir todo su atractivo. Lo menos singular de ella era aquella costumbre de celebrar la llegada de mayo con paseos en procesión y bailes, resaltando más el hecho de componerse la banda de celebrantes de sólo mujeres. En los clubs masculinos, aunque iban también disminuyendo, eran las tales fiestas menos raras; pero la natural timidez del sexo débil, así como la actitud sarcástica de los parientes varones, habíanles quitado a los pocos clubs femeninos que quedaban el entusiasmo por seguir la costumbre. El de Marlott puede decirse que sólo vivía por mantener las danzas locales. Llevaba existiendo centenares de años, si no como club benéfico, sí como una especie de hermandad votiva continuando así la tradición.

Todas las mujeres de la banda vestían trajes blancos —alegre reminiscencia del tiempo viejo cuando las palabras alegría y mayo eran sinónimos, antes de que la preocupación por el futuro hubiera reducido las emociones a un monótono término medio—. Consistía la primera manifestación en una marcha procesional de dos en dos en torno a la parroquia. Y era de ver el contraste de las figuras, cuando el sol iluminaba sus rostros sobre el fon-

do de los verdes vallados y de las fachadas de casas tapi-  
zadas de follaje. Todas vestían de blanco; pero no había  
dos blancos iguales. Mientras que las vestiduras de al-  
gunas frisaban en el blanco nítido, mostraban las de  
otras una palidez azulina, y algunas, las de las señoras  
de edad más avanzada, ostentaban un matiz cadavérico,  
que delataba el paso de los años.

A más del distintivo de la túnica blanca, mozas y mu-  
jeres hechas llevaban en la diestra una varita de sauce,  
mondada, y en la mano izquierda un ramo de blancas  
flores. La preparación de la primera selección de las se-  
gundas quedaba encomendada a cada una.

Aunque en escaso número, iban en la procesión algu-  
nas mujeres de edad mediada, y hasta entradas en años,  
con cabellos de plata y arrugados semblantes, estropea-  
dos por el tiempo y las dificultades, que resaltaban por  
modo casi grotesco y verdaderamente patético entre sus  
compañeras. Pudiera decirse que delataban más los ros-  
tros cansados de aquellas mujeres cargadas de experien-  
cia y que al ver acercarse el fin de sus días aseguraban no  
hallar placer en ellos, que los de sus compañeras más jó-  
venes. Pero dejemos a las ancianas para admirar a aque-  
llas en cuyo seno latía presta y cálida la vida.

Las jóvenes estaban en mayoría, y sus cabecitas de  
abundosas cabelleras reflejaban al sol de la tarde los to-  
nos todos del oro, el negro y el castaño. Unas tenían be-  
llos ojos, otras bonita nariz, boca y cuerpo preciosos; po-  
cas, si no ninguna, reunían todos los encantos. Muchas  
dejaban entender su confusión ante el público que las  
contemplaba, moviendo la cabeza con cierto azoramien-  
to, muy propio de aldeanas.

Y así como a todas calentábalas por fuera el sol, todas tenían también un ensueño, un afecto, un capricho, o, por lo menos, alguna esperanza remota y distante que les llenaba de sol por dentro el alma. Y ésa era la razón de que pareciesen muy animadas y, muchas de ellas, muy contentas.

Dieron la vuelta a la posada de La Gota Pura y rodeaban ya el camino alto para cruzar hacia los prados, cuando una dijo:

–Pero, señores, ¿qué veo? Oye, Tess, ¿no es tu padre el que viene en aquel coche?

Al oír esta exclamación volvió la cabeza la interpelada. Tess Durbeyfield era una linda moza, quizá no más que las otras, sino que su grácil boca de peonía y sus ojos inocentes añadían elocuencia y brillo a sus colores y su forma. Llevaba prendida en el pelo una cinta roja, siendo la única de la alba concurrencia que podía ufanarse de lucir tan llamativo adorno. Al tender la vista la muchacha, vio venir a su padre en un coche de La Gota Pura, guiado por una mujerona de castaña y rizada cabellera, con las mangas de la blusa subidas hasta el codo. Era la me-negilda del establecimiento, que de todo hacía, incluso de lacayo y cochero. Durbeyfield, muy repantingado y entornados los ojos a lo gran señor, alisábase el pelo, murmurando por lo bajo:

–Soy de una gran familia..., tengo nichos en Kingsbere... y todos mis antepasados duermen en féretros de plomo.

Sonrieron las chicas del club, menos Tess, cuyo rostro se llenó de rubor al ver a su padre así puesto en ridículo.

—Eso será que estará cansado —se apresuró a decir— y habrá querido que lo lleven a casa, por estar malo nuestro caballejo.

—¡Qué simple eres, Tess! —dijéronle sus compañeras—. Lo que le pasa es que ha empinado el codo. ¡Ja, ja!

—¡Mucho cuidado, eh! Porque si pensáis divertirlos a costa suya, ahora mismo me voy —exclamó Tess, y el rubor de sus mejillas difundiósele por todo el semblante hasta la garganta.

Luego se le humedecieron los ojos y bajó la mirada al suelo. Callaron las otras, al comprender que la habían hecho sufrir, y restablecióse el orden. El orgullo vedole a Tess volver la cara para ver si su padre tenía algo que decirle, y continuó su marcha con las otras hasta el cercado donde iban a bailar en la hierba. No bien hubieron llegado a aquel sitio, recobró la joven su serenidad, dióle a su vecina un golpecito con la varilla y siguió su charla, sólo un momento interrumpida.

Tess Durbeyfield era en aquel instante de su vida un cáliz de emoción, intacto de experiencia. Dominaba en su habla el dialecto característico de aquella región, que tiende a rematar todas las palabras con la sílaba *ur*, a pesar de lo cual resulta tan armonioso como cualquier otro lenguaje. La encarnada boca, fruncida hacia arriba por la costumbre de pronunciar esta sílaba, apenas si había todavía adquirido su forma definitiva, y el labio inferior empujaba un poco hacia arriba al otro, al cerrarse ambos después de emitir la sílaba característica.

Aún mostraban su cara y aspecto rasgos de su niñez. A pesar de su exuberante belleza, podían verse los doce años en sus mejillas, los nueve chispeando en sus ojos, y

a veces hasta los cinco revoloteando sobre las curvas de su boca.

Pocos, sin embargo, lo advertían. Algunos forasteros que al pasar la miraban casualmente sentíanse al punto fascinados por su lozanía, y se quedaban con deseos de volverla a ver, aunque para la mayoría de las gentes no pasaba de ser una linda y pintoresca aldeana.

La carroza triunfal de Durbeyfield perdióse a lo lejos con su palafreñ femenino, y habiendo entrado la banda en el cercado, dio principio en el baile. A lo primero, como no había mozos en la concurrencia, bailaron unas con otras las muchachas, pero llegada la hora en que acaba el trabajo, empezaron a acudir a la danza en busca de pareja algunos jóvenes del lugar, amén de unos cuantos forasteros.

Entre los circunstantes había tres muchachos que a simple vista revelaban su condición superior; llevaban los tres sendas mochilas, sujetas con correas a la espalda, y gruesos garrotes en las manos. Su parecido y sus edades, correlativas, delataban lo que realmente eran, es decir, hermanos. Gastaba el mayor corbata blanca, chaleco cerrado y el sombrero de finas alas que usan los ministros del culto; el segundo parecía un estudiante del Grado. En cuanto al tercero y más joven, apenas bastaba a caracterizar su aspecto, mostrando en sus ojos y en su modo de vestir un abandono y desgaire como de quien aún no se ha decidido por profesión alguna, y más que nada parecía un estudiante novato y poco amigo de la disciplina.

Los tres frecuentaban la escuela de Whitsun y hallábanse de vacaciones, habiendo ido de excursión por el valle de Blackmoor desde la ciudad de Shaston. Dirigiéronse